

ARQUEOLOGÍA Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA PAMPA DEL TAMARUGAL: REVISANDO LOS ASENTAMIENTOS DEL PERÍODO FORMATIVO DE TARAPACÁ, NORTE DE CHILE

Mauricio Uribe, Simón Urbina y Estefanía Vidal

A partir de nuestras investigaciones iniciales afirmamos que el Formativo en Tarapacá (Figura 1) se había construido bajo el paradigma del Neolítico europeo, así que nos atrevimos a cuestionar esta perspectiva que suponía la complejidad social y la vida aldeana como resultado directo y exclusivo del apogeo agrícola y el advenimiento de exitosos grupos portadores de civilización y progreso, provenientes del núcleo andino (Muñoz 1989; Rivera 1994). Nuestro objetivo, entonces, fue proveer una caracterización más completa del período y brindar respuestas alternativas sobre el proceso regional, gracias a lo cual generamos una base empírica sólida para tratar en propiedad el debate de la evolución y la complejidad al amparo del concepto de Formativo (Uribe y Adán 2012). Con el acervo empírico y la reflexión alcanzada, llevamos a cabo un estudio total de la Pampa del Tamarugal.

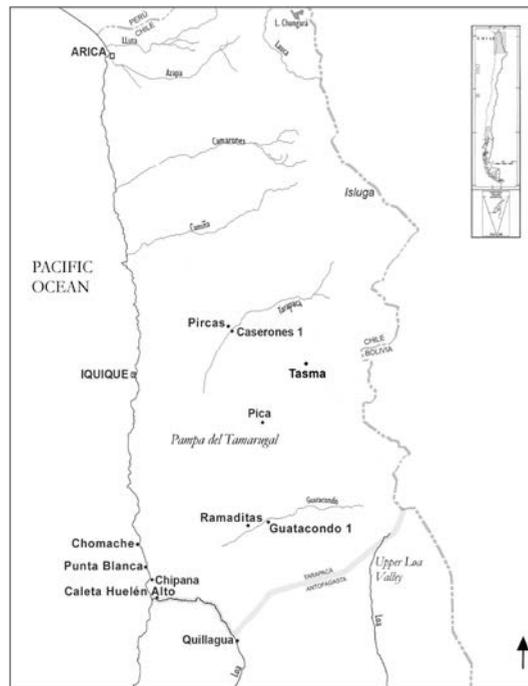


Figura 1. Región cultural de Tarapacá.

Sobre esta base, proponemos una interpretación igualmente materialista del Formativo, pero que intenta penetrar en el cuerpo social; promoviendo una imagen mucho más dinámica y ágil de la sociedad, dirigiendo la mirada a múltiples actores y variedad de situaciones, a sus regularidades y contradicciones con su entorno, a los éxitos e intentos fallidos del colectivo. En consecuencia, ampliamos la base empírica para abordar el período, su evolución y la complejidad, justamente entendiendo que la sociedad es compleja de por sí y por lo mismo no puede reducirse a unos pocos sitios, a una fase y a una concepción única. La diferencia que marca nuestra perspectiva es que al detenernos en la especificidad de Tarapacá y la cobertura completa de la Pampa del Tamarugal, en su diversidad de sitios y materialidades, podemos apreciar una realidad que se distingue de la lectura lineal y progresista del cambio social.

En términos teóricos, estos conceptos nos siguen pareciendo útiles, no por su precisión etimológica, sino porque ya consagrados en la disciplina, contribuyen al debate académico; dentro del cual, nosotros ubicamos la dinámica individuo-sociedad-cultura por delante de la explicación meramente económica. Esto implica el reconocimiento de un posible discurso propio del pasado en el presente que resulta una idea atractiva de evaluar a través de una arqueología de la Pampa del Tamarugal; ya que aquí se concentran elaborados sitios del Formativo, los que sugieren una potente tensión y distinción entre naturaleza y cultura necesaria de entender para explicar la complejidad en sus propios términos.

Confiamos, por lo tanto, en que se puede hacer una lectura y un relato distintos en la medida que develamos este discurso propio confrontando ideas, múltiples registros materiales y experiencias con la cultura material de ese pasado, considerada no sólo como reflejo de nuestra sociedad. Estamos seguros que a través de este enfoque los cambios se pueden comprender no como hechos absolutos, selectos y aislados que responden a una visión de nosotros mismos, económica, exitista y hegemónica sobre un ambiente como el Desierto de Atacama a ser dominado, domesticado y producido (Santoro et al. 2017).

Ajustando un marco teórico sobre complejidad, economía y sociedad

De acuerdo a nuestros antecedentes, el período Formativo ha sido concebido como el momento en que las sociedades arcaicas de tradición cazadora y recolectora incorporaron e implementaron estrategias económicas novedosas que produjeron cambios en el patrón de asentamiento con la aparición de ocupaciones

estables y el notable surgimiento de arquitectura ceremonial y pública, aludiendo a una mayor complejidad y desigualdad tendiente al surgimiento de formaciones sociales económicamente exitosas y no igualitarias. Las hipótesis que se han manejado para explicar la trayectoria cultural de Tarapacá y sus expresiones sociales como ejemplos particulares del desarrollo de los Andes Centro Sur, se enmarcan en los modelos de control vertical y el tráfico de caravanas como mecanismos que promovieron la complejidad social, otorgándole un papel civilizatorio a las tierras altas con marcado énfasis evolucionista (Muñoz 1989; Núñez y Santoro 2011). Sin embargo, este progreso al modo del Neolítico que se vislumbra a partir del discurso dominante sobre el Formativo se vuelve discutible cuando consideramos que bastante evidencia empírica alude a un proceso más intrincado e incluso traumático (Lumbreras 2006). En este contexto, las situaciones descritas y los tipos de organización social ancestrales (p.ej., cazadores-recolectores) resultan especialmente motivantes y propicias para ser evaluadas desde la peculiar materialidad de Tarapacá (Uribe y Adán 2012). Paradójicamente, el problema y el caso que estamos tratando se vinculan con lo que analíticamente la arqueología ha concebido como sociedades complejas. Es decir, en oposición a aquellas sociedades que se consideran simples como los cazadores-recolectores con grupos pequeños, más bien móviles y donde el sistema de parentesco conformaba una organización empleada para resolver la estructura social, económica, política o de otra índole; hasta que esas poblaciones se convirtieron en agricultores y pastores dando predominio a la vida sedentaria y grandes grupos sociales (Adams 2000). Según se desprende de lo anterior, las ideas sobre la evolución sociocultural han tendido a coincidir con las filosofías materialistas (Johnson 2000; Johnson y Earle 2003; McGuire 1983; Stanish 2003).

De acuerdo con este enfoque, entendemos que la evolución se ha desarrollado en aparente lógica y para la inteligibilidad occidental, en el devenir de las contradicciones entre la subsistencia y la economía política. En este marco, dentro de la contradicción entre las economías de subsistencia y política o lo doméstico versus lo comunitario, la familia participaría de la economía política hasta el punto en que los beneficios individuales excedieron el costo social. Solucionar los problemas de la subsistencia requiere de manera creciente la acción del grupo y un liderazgo, lo que constituiría las condiciones que estimularon el control económico y la desigualdad política. En su función de resolver la subsistencia, los líderes gestionaron la economía para el provecho de los clanes integrantes, aumentando los beneficios de la participación en la medida que la población reaccionaba y presionaba sobre los recursos. En definitiva, cada grupo humano fue concebido en un medio de posibilidades, restricciones y con determinadas

tecnologías, racionalidades e instituciones para cubrir las condiciones materiales de su población.

Para algunos fue adecuado enarbolar el concepto de economía política para esta institucionalidad (Blanton et al. 1996; Earle 1991), la que al solucionar los problemas de la economía de subsistencia (Sahlins con la “opulencia primitiva” o Hardin con la “tragedia de los comunes”), creaba nuevas formas de complejidad y sociedad que tomaban vida por sí mismas.

Como ejemplo de este proceso, Hardin (1968) planteó que cuando la tierra u otros recursos se poseían en común terminaban por producirse graves daños porque los individuos no consideraban que proteger dichos bienes fuera en su provecho propio, desatando el desastre económico a causa de la sobreexplotación que degradaba los recursos compartidos. La resolución de la economía de subsistencia desembocará en una oposición al bienestar de las familias, introduciendo las ideas de orden, dominación y explotación como los productos de una evolución social sin un carácter necesariamente progresista. Por lo tanto, se producía la “tragedia social” debido a que era factible el surgimiento de la propiedad privada con sus consecuencias de inequidad; aunque bajo esta situación, los individuos la considerarán el producto ideológico del interés por conservar sus recursos.

Desde esta perspectiva, hablamos de evolución y complejidad no sólo porque se asume mecánicamente la producción de alimentos, la vida sedentaria y los valores de la civilización, ya que toda esta selección tiene que ver con la construcción ideológica que desarrolla cada sociedad en particular (p.ej., la occidental). En realidad, este proceso también incluye las constantes contradicciones entre individuo y comunidad, tradición e innovación, lo singular y lo plural, lo último siempre representado por un pequeño y exclusivo segmento de la sociedad. Nuestra reflexión, por tanto, rescata y se orienta a enfrentar empíricamente esta complejidad a través del estudio de las contradicciones entre espacio doméstico y público, al amparo de los marcos establecidos por el enfoque sustantivo de la subsistencia y la economía política, al menos (Polanyi 1957, 1976).

Sin embargo, al revés del enunciado organicista tradicional, nuestra opción ha sido responder desde la antropología y una arqueología no solamente social, sino de la vida social (Lumbreras 1994; Meskell 1999; Meskell y Preucel 2007). Ello ha implicado la exploración de las múltiples posibilidades del diario vivir y de la gente real, incluyendo todos los aspectos, prácticas y experiencias que enriquecen el entendimiento de la sociedad, los individuos y sus relaciones más allá de las materias tradicionalmente estudiadas por la arqueología y nuestras preconcepciones económicas sobre los grupos del pasado (De Certeau 2007).

Según lo anterior, al enfatizar el rol de la cultura, la antropología permitió dar una solución nueva, poderosa y decisiva al dilema de la lucha por la subsistencia (Hardin 1968; Sahlins 1977), proporcionándole su carácter eminentemente social a esta evolución.

Se trata, más claramente, de abordar un proceso en que los individuos han seleccionado la información del mundo que pudieron atender y fueron posibles de interpretar en función de insertarla en un universo de sentido, de carácter comunitario pero constituido por fuerzas opuestas y diversas como la individualidad misma, delimitando espacio y propiedad. Donde procesos como el cambio económico generado por la agricultura y la vida aldeana no constituyen variables en relación de causa y efecto de un fenómeno natural, sino la naturalización de una praxis social que adquirió calidad histórica de momento-monumento (Le Goff 1991).

Las sociedades que analizamos vivenciaron fuertes tensiones en su seno, las que conllevaron a la negociación y disputa de los medios tanto económicos como simbólicos que representaban ese tiempo y espacio (p.ej., técnicas agrícolas, asentamientos aldeanos, monumentos funerarios, implementos cerámicos, diseños textiles, etc.), optando por alguna clase de acuerdo social a favor del colectivo por sobre los individuos. Justamente, a partir de esta constatación, para Hernando (2002:206) “(...) nuestra idea de quiénes somos y dónde estamos depende del control material que tengamos sobre nuestras condiciones de vida y se construye a través de la selección de determinados fenómenos de la realidad mediante su inclusión en un sistema de orden determinado por los parámetros tiempo y espacio”.

Obviamente, estas variables abren la posibilidad a un análisis arqueológico distinto, ya que la estructuración de la sociedad sólo puede entenderse a través del modo que los individuos representan su realidad, es decir, cómo la materializan y simbolizan en su habitar. Los seres humanos vivimos en un mundo tan complejo, dinámico y con tantas facetas que a partir de determinado momento de la evolución logramos utilizar símbolos para diseñar universos a la medida de nuestras posibilidades de actuación y control, donde nosotros de una u otra manera constituimos la referencia y el agente del relato (Bourdieu 1977). El mundo social y la cultura, entonces, no son sólo construcciones discursivas y dicotómicas, sino que constituyen el resultado de la interacción simultánea de lo material e inmaterial (Tilley 1994; Hodder 1998).

Evitar el dualismo para entender mejor a la sociedad y la cultura ha tenido algunos precedentes en arqueología (Ingold 2000), tratando de llamar la atención sobre las implicancias de la cultura material “proponiendo una nueva lectura del

pasado (y del presente)” (Hernando y González Ruibal 2011:12), en tanto los sujetos se relacionan con los objetos a través de procesos no dicotómicos. De este modo, se desprende que la modalidad adoptada por cada una de las variables de cambio es coherente con la que adoptan las demás y esa coherencia es la que percibimos como una expresión cultural. En este marco, el cambio cultural no se puede entender sin considerarlo como el resultado de una transformación simultánea de los diversos tipos de relación que las personas y los grupos sostienen con el mundo natural y la cultura material. A diferencia de lo que ha hecho tradicionalmente la arqueología, reduciendo la sociedad a una economía o modo de producción; para entender una cultura desde lo material se hace necesario incluir una consideración sobre las personas que vivieron ese modo económico, cuando los instintos ya no son suficientes, de lo social frente a lo material.

Ciertos antecedentes ambientales claves

Uno de los rasgos ambientales que más destaca de los asentamientos del período Formativo de Tarapacá es su ubicación, pues todos ellos se concentran en la Pampa del Tamarugal (1.100-1.300 msnm aprox.) y, en ciertos casos, asociados a extensos campos de cultivo y espacios de recolección (Adán et al. 2013; Meighan y True 1980; Núñez 1979; Rivera 2005; Urbina et al. 2012a). Todo esto en una zona donde las precipitaciones en la actualidad son prácticamente nulas y las quebradas que desembocan en la pampa no mantienen cursos permanentes de agua. Lo anterior sugiere que las condiciones ambientales durante aquel período fueron distintas a las actuales (Maldonado y Uribe 2015).

Al respecto, hemos ampliado nuestro conocimiento del entorno ambiental pasado. Los registros de polen en paleomadrigueras de la pre puna de Tarapacá, sugieren variaciones altitudinales de los pisos de vegetación asociados a cambios en las precipitaciones del altiplano. Esto habría implicado oscilaciones en la cobertura vegetal, en la dinámica (frecuencia y/o intensidad) de los flujos aluviales y en la recarga de los acuíferos de la pampa, así como en la expansión o retracción del desierto absoluto. Para comienzos del Holoceno, en torno a los 10.000 años a.p., estos indicadores sugieren una vegetación mixta con elementos de los pisos puneños y la estepa alto andina, asociados a condiciones posiblemente más húmedas que las actuales. Es decir, mayores montos de precipitaciones en las zonas altas y un respectivo descenso de los pisos vegetacionales. Contrariamente, entre los 6.000-3.300 años a.p. se observa la mayor proporción de elementos del piso pre puneño que sugiere la extensión

de este piso a alturas mayores, vinculado con una disminución de las precipitaciones altiplánicas.

En tanto que durante el Holoceno tardío, entre los 2.400 y 720 años a.p., la mayor presencia de polen de *Poaceae* indica una nueva expansión de la estepa alto andina a alturas inferiores, sugiriendo un aumento de las precipitaciones posiblemente con dos máximos en torno a los 2.000 y 1.100 años a.p. Los últimos 720 años, en cambio, se caracterizan por el aumento de polen de *Chenopodiaceae*, lo cual apunta otra vez al ascenso del piso pre puneño por una disminución de las precipitaciones, lo cual resulta evidente a partir de los 500 años a.p. No obstante, un aumento de polen de *Fabaceae* entre los 1.000 y 500 años a.p. en algunos depósitos podría estar asociado a una fase transicional entre condiciones más húmedas con presencia de elementos de la estepa alto andina y otra fase más árida con mayor presencia de elementos del piso pre puneño.

Estas reconstrucciones son coherentes y coinciden con los resultados obtenidos a partir de macro restos vegetales en depósitos aluviales de la misma Pampa del Tamarugal. A partir de estos análisis se propone una fase de mayor actividad aluvial entre los 1.010-710 a.p. en las quebradas al sur de la Pampa del Tamarugal, así como fases con mayor disponibilidad de agua superficial hacia los 2.500-2.040, 1.615-1.350 y 1.050-680 años a.p. (Gayó et al. 2012), coincidente con gran parte del período Formativo.

Los asentamientos aldeanos y su materialidad social

El análisis morfológico y funcional de la arquitectura de los asentamientos habitacionales de la Pampa del Tamarugal ofrece información valiosa para pensar la historia de las poblaciones formativas de Tarapacá en el norte de Chile (Urbina et al. 2015). Durante el Formativo Temprano, la arquitectura residencial en esta zona manifiesta y fija un sentido espacial a la diferenciación entre lo familiar y comunitario; lo que transita hacia ordenamientos más jerárquicos e institucionalizados como lo demuestra la incorporación de arquitectura pública en sitios aglutinados (Adán et al. 2013). La intención de agregación o nucleamiento habitacional se desarrollaría en medio de una serie de transformaciones graduales y radicales de larga duración, seguramente en la estructura de parentesco familiar; impactando en el diseño arquitectónico de viviendas, espacios colectivos y las características de los asentamientos en general (Flannery 2002; McGuire y Schiffer 1983).

En particular, se plantea que un primer tipo de unidad social utilizó módulos residenciales de planta circular u oval en piedra o barro, ya sea aislados, dispersos y o aglomerados en torno a patios de tamaño y complejidad variables. En el caso de los asentamientos en piedra o pirca seca, están representados por centenares de viviendas aisladas y otras aglomeradas sugerentes de agrupamientos de familias nucleares establecidas transitoria o estacionalmente, dispuestas sobre grandes extensiones de terreno. Este es el tipo de sitio mejor representado y de mayor extensión en la muestra a nivel regional, tanto en la pampa como en la costa y precordillera (p.ej., Pircas, Caleta Huelén Alto, Tasma y Quebrada Ancha).

En efecto, el caso de Pircas (Figura 2) en plena pampa apunta a procesos tempranos de conformación de familias extensas o clanes, pluri parentales y linajes que habrían modificado el diseño de sus viviendas. Éstas se ampliaron y subdividieron, se seleccionaron materiales más durables y macizos (p.ej., grandes bloques fundacionales), invirtiendo mayor trabajo en su construcción y mantenimiento. Además, en el caso de los conglomerados, éstos articulan distintas estructuras menores (p.ej., dormitorios, cocinas, bodegas u otras) en torno a un espacio común, ya sea un patio multifuncional, pequeñas plazas delimitadas por muros o alineamientos de piedras, con monolitos perimetrales y centrales (Núñez 1984; Urbina et al. 2012a). El sector nuclear de Pircas o Pircas 1 es el mejor ejemplo de asentamiento mixto, donde dentro de un campamento disperso y extendido por cerca de 90 hectáreas con múltiples parapetos, refugios o estructuras domésticas adosadas a pequeños patios, también se desplegó una serie de conjuntos residenciales mayores próximos y visibles entre sí, al modo de un gran campamento o una aldea segmentada.

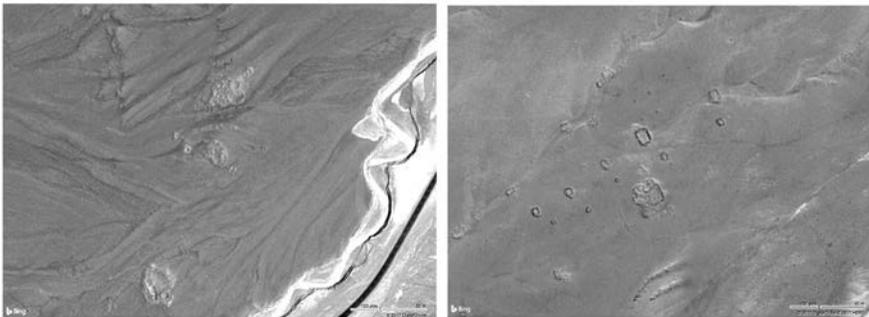


Figura 2. Conglomerados residenciales de Ramaditas (izq.) y Pircas (der.).

A nivel de su organización interna y escala, en cierta medida, el sector central de Pircas es análogo y contemporáneo a la estructuración en conglomerados de Ramaditas (Rivera 2005). A mediados del primer milenio de la Era, entonces, Pircas y Ramaditas comparten el emplazamiento sobre terrenos planos junto a quebradas, al igual que la construcción de estructuras circulares y semi subterráneas, edificadas previo rebaje del terreno para la instalación de los pilares fundacionales. A diferencia de Pircas, sin embargo, en Ramaditas destaca el uso diestro de adobones de barro preparados en estado plástico y sistemas de postación interna para la disposición de techumbres o ramadas parciales o cónicas de gran superficie y altura (Figura 2).

En cualquier caso, los conglomerados de Ramaditas alcanzan dimensiones similares a los del sector central de Pircas, por lo que es posible afirmar que en aquella localidad también se desarrollaron clanes y linajes que permanecieron por generaciones frecuentando el lugar y construyendo “grandes casas”, cada una con sus espacios comunes y/o ceremoniales propios a modo de patios o plazas. Las casas de Ramaditas están rodeadas de otras viviendas menores de barro y también de piedra, las cuales parecen constituir habitaciones domésticos comunes de estos grupos. De esta manera, estimamos que Ramaditas al igual que Pircas representan un patrón de asentamiento mixto o intermedio entre un campamento y una aldea. Es muy probable que a juzgar por los testigos arquitectónicos superficiales, el sitio Pabellón de Pica en la costa también asumió este patrón, aunque en momentos más tardíos (Urbina et al. 2012b; Uribe 2009).

El patrón circular de edificación en barro alcanza un segundo nivel de complejidad en el poblado o aldea de Guatacondo 1 (Figura 3), donde los conglomerados conforman dos grandes barrios o mitades en torno a una gran plaza central de planta ovalada y 1.838 m² de superficie. Esta plaza supera significativamente la capacidad de los patios o plazas ubicadas dentro de los conglomerados residenciales de Pircas y Ramaditas. Por lo tanto, se plantea que mientras la mayor parte de los sitios corresponden a asentamientos dispersos con viviendas aisladas y sencillas, el sector nuclear de Pircas, los principales conglomerados de Ramaditas y finalmente la aldea de Guatacondo, representan linajes agrupados en barrios, aunque no necesariamente ocupados de manera permanente. Con probabilidad, las familias que compusieron estos linajes o conglomerados familiares provenían de distintas localidades donde habitaban de modo austero en viviendas circulares de piedra, en pequeños conglomerados o refugios aislados dentro de extensos campamentos durante el curso regular del año.

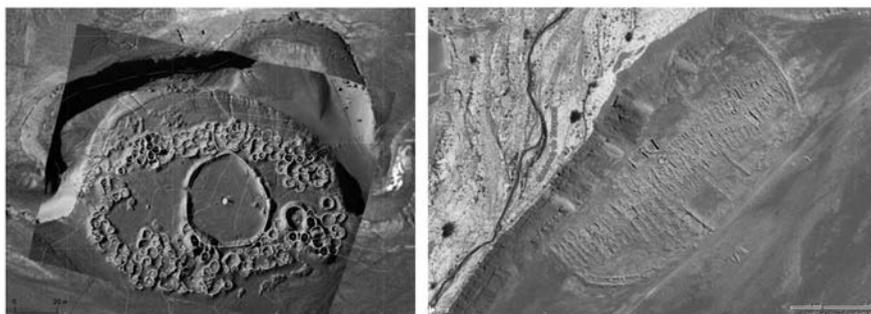


Figura 3. Aldeas de Guatacondo (izq.) y Caserones (der.).

Un patrón constructivo similar de asentamientos dispersos en piedra se reconoce en las quebradas precordilleranas (p.e., Tasma y Quebrada Ancha), así como en la desembocadura del río Loa (Caleta Huelén Alto). Otros son más aglutinados y aparecen en la costa al norte del Loa (p.e., Pisagua N y Chomache), correspondientes a pequeñas caletas junto al litoral rocoso compuestas por unidades rectangulares contiguas o módulos ortogonales con subdivisiones internas (Urbina et al. 2011:93, 2012b; Uribe 2009).

En el caso de Guatacondo, además, se registra una ampliación estratégica de los sistemas de almacenaje o bodegas a través de pozos cavados o escondrijos en los muros, aumentado la capacidad de almacenamiento y autonomía alimentaria, especialmente para eventos ceremoniales y congregacionales. Esto incidiría en la mayor escala del espacio público y una disposición aglutinada de las viviendas de modo inédito, en torno a un lugar central y común. La singularidad de los grandes conglomerados y barrios de planta circular dentro de esta historia formativa regional respondería a la consolidación tanto empírica como simbólica de algunos de esos linajes antes dispersos durante gran parte del año. Esto fue escenificado por una práctica congregacional de gran escala para la demostración de su capacidad, donde las tareas cotidianas se vincularon con ritos propiciatorios y labores comunitarias en el espacio público de la plaza. En este sentido, la estructura arquitectónica de la aldea de Guatacondo posee fines económicos y festivos asociados con una calendarización de la movilidad en el ámbito regional y los ritmos impuestos por la explotación de recursos de recolección como los bosques de *Prosopis*, otros productos y materias primas, el sistema productivo agrícola, la captación de agua estival y tránsito hacia la costa (Adán et al. 2013; Pellegrino et al. 2016).

Un tercer tipo de unidad social se identifica con posterioridad, el que utiliza estructuras a base de grandes recintos modulares esencialmente de planta rectangular u ortogonal irregular, de piedra o anhidrita y barro. Estos recintos presen-

tan subdivisiones internas o adiciones de otros recintos o estructuras similares, maximizando la superficie habitable y el uso de materiales constructivos.

Ahora bien, los sitios tanto dispersos como aglutinados de este tipo registran algunos elementos de diseño compartidos con el patrón de estructuras circulares de la tradición temprana en piedra (Adán y Urbina 2007), tales como el uso de pilares o monolitos fundacionales, pisos semi subterráneos, entierros fundacionales y una leve curvatura de las esquinas de las estructuras.

En los oasis y valles interiores, el patrón rectangular se manifiesta a una escala radicalmente mayor en la aldea de Caserones en la quebrada de Tarapacá (Figura 3) y, aunque algo menor, en la aldea La Capilla de Quillagua en el Loa Inferior. Se emplazan en terrenos planos (Caserones) o en suaves laderas aterrazadas artificialmente (La Capilla), ambos sobre terrazas fluviales que permiten dominar visualmente los cursos permanentes o estacionales de agua, ampliar campos de cultivo y tener acceso a los bosques de algarrobo cercanos. Caserones contiene al menos siete barrios extensos conformados por conglomerados de trazado ortogonal, de carácter irregular a cuadrangular (Pellegrino 2011; Urbina et al. 2012a). Éstos se disponen en el sentido noreste-suroeste de la quebrada, están circunscritos por un extenso muro perimetral doble que rodea el poblado limitando su crecimiento a una superficie de 3,8 hectáreas; el cual a su vez encierra dos grandes plazas pareadas en el sector sur, cada una de 1.480 y 1.452 m². En el extremo norte está contenido otro conjunto doble de recintos de gran volumen (254 y 229 m²), aunque seis veces más pequeños que las plazas anteriores. Estos asemejan grandes casas parcialmente techadas, al interior del cierre perimetral y frente a la quebrada. La superficie de Caserones, por lo tanto, cuadruplica aquella del poblado de Guatacondo.

Complementariamente, en la costa lugares como Chomache y luego Pisagua N reproducen asentamientos de conglomerados o módulos aglutinados a nivel de campamento-aldea, compuesto por viviendas de grupos nucleares o segmentos de linajes que cohabitan o comparten un mismo sistema de orientación económica específica (Urbina et al. 2011:93, 2012b; Uribe 2009). Por ejemplo, recolección de recursos marinos inmediatos como moluscos, peces de orilla, algas y guano; de manera complementaria con el uso del farellón marino para captar otras plantas y neblinas, además de participar de la interacción litoral e interior y llevar a cabo navegación mar adentro para pescar.

En suma, existiría un conjunto de asentamientos que utilizaba viviendas rectangulares, la mayor parte correspondiente a campamentos localizados entre la costa y las quebradas altas; los cuales implementaron viviendas sencillas aisladas y pequeños conjuntos de estructuras pareadas, a la par de algunas caletas

en el litoral, a veces de una escala aldeana (p.e., Chomache). Todo ello junto con un número muy acotado de poblados en la pampa, de mayor envergadura y complejidad como Caserones y quizás La Capilla. A partir de esto último, nos parece que ciertas unidades familiares comenzaron a fortalecer sus lazos hereditarios pluri parentales, implementando puntos de congregación en aldeas utilizadas con fines ceremoniales y políticos dentro del ciclo anual. Esto es evidente mediante la construcción de las unidades modulares que constituyen sectores o barrios de residencia con gran capacidad de albergue para posibles parientes consanguíneos y/o políticos. Allí se amplió la escala de las viviendas, la capacidad de los patios y depósitos, compartimentando el asentamiento y maximizando la superficie interna edificada. En Caserones, además, se ejecutaron obras comunales de cierre con un muro perimetral, edificios públicos y de acceso restringido, con funciones ceremoniales y redistributivas específicas (p.e., silos comunitarios).

Entonces, los linajes cuyas familias permanecían dispersas durante el año habitando sencillas viviendas en campamentos y caletas, parecen intensificar e institucionalizar sus lazos de parentesco mediante festividades comunitarias y calendarizadas en función de la regulación social que involucraba el uso multi comunitario de la Pampa del Tamarugal (Adán et al. 2013). Allí, entonces, se ejecutaron grandes obras comunales planeadas en espacios ceremoniales abiertos y cerrados a modo de grandes casas o templos (Urbina et al. 2012a; Vidal 2012), donde se escenificaba y exponía su propia orgánica. Vale decir, la posición y preeminencia de cada linaje o clan en tanto su procedencia y lugar en el espacio respecto a la comunidad y los recursos de la pampa. Estos recursos de recolección (marítima y terrestre), agrícolas y agua, sin duda fundamentales para el ciclo económico del período, se normaron mediante reuniones y ceremonias estacionales, cuya práctica al parecer persistió con sustanciales transformaciones respecto al primer milenio antes de la Era. No obstante, las grandes aldeas como Caserones constituyeron más la excepción que la regla del asentamiento formativo; con un carácter especial y destinado al encuentro estacional sólo de una parte del dinámico mundo que giraba en su entorno.

Los asentamientos afuera de las aldeas

La arqueología del Formativo de Tarapacá, según lo visto, ha estado dominada por el estudio de los asentamientos aldeanos (Muñoz et al. 2016), lo que ha sesgado la comprensión de las sociedades de la época y su complejidad, asumiendo que toda la población su comportó de la misma manera y asumieron homogé-

neamente el modo de vida aldeano pampino. Con el fin de superar este sesgo, hemos llevado a cabo una prospección completa de la Pampa del Tamarugal.

Las prospecciones se centraron en las principales cuencas de la Depresión Intermedia, intentando cubrir la serie de quebradas comprendidas entre los 800 y 1.300 msnm aproximadamente. Se diseñaron 17 polígonos o cuadrángulos de forma rectangular, de 8 km largo y 3,5 km de ancho, dispuestos sobre distintas zonas donde se realizó el recorrido pedestre de una serie de transectas cada 50 m, asegurando una visibilidad total. Estos polígonos se ubicaron en las cuencas de Tana-Tiliviche, Soga, Aroma, Iluga, Quipisca, La Tirana Norte, Pica Sur, Salar de Pintados, Chipana, Maní, Los Pintados, Piscala, Cerrillos, Llamara, Sama-Tambillo y Quillagua, abarcando una superficie de 28.400 m² cada uno y una superficie total de 482.800 m² (48.280 ha), equivalentes al 5% de la pampa.

En los 17 cuadrángulos proyectados se logró identificar un total de 3.869 nuevos registros arqueológicos, de los cuales 604 corresponden a sitios Formativos (15,4%), principalmente en base a su adscripción cerámica. En cuanto a su tipología, los hallazgos incluyen contextos domésticos, pero también estructuras agrícolas, ceremoniales y viales (Figuras 4, 5 y 6), de distintas cualidades y escalas, siendo los más prolíficos aquellos de Pampa Iluga en la desembocadura de Tarapacá, Guatacondo y Quillagua (ver también Agüero et al. 2005). A su vez, se observa gran cantidad de hallazgos y objetos vinculados a la explotación del bosque y la madera o de recursos líticos (p.e., Salar de Pintados), evidenciando mayor o igual fuerza que la agricultura en la economía de este período. Además, la totalidad coincide en que: a) todos los registros se encuentran en terrenos relativamente planos y en constante asociación con los recursos hídricos de la región; b) todos presentan algún componente Formativo y Arcaico lo que implica que el territorio completo formaba parte activa de modos de vida ancestrales; y c) todos poseen elementos viales que dan cuenta de una alta movilidad y diversos circuitos de circulación en múltiples direcciones del espacio regional.



Figura 4. Sitios y estructuras agrícolas: (izq.) Campos de cultivo tipo melgachos; (centro) Canales de regadío; (der.) Campos de cultivo tipo canchones.

De esta forma, se da cuenta de una gran diversidad de sitios arqueológicos, dentro de los cuales los poblados de Pircas, Caserones, Ramaditas, Guatacondo y La Capilla resultan más bien únicos y notables dentro del Formativo. Frente a ello, en términos habitacionales destacamos la masividad que adquirió la ocupación de la pampa a través de múltiples arquitecturas, en su mayoría de pequeña escala, simples en su construcción y más dispersa que nucleada (Figura 7). En estos asentamientos el número de estructuras oscila entre uno y ocho unidades, notándose una considerable variabilidad de sus características morfo funcionales, organización arquitectónica y densidad o dispersión a nivel intra sitio. En general, los sitios se presentan como estructuras aisladas o pequeños conglomerados, donde a una estructura mayor se le adosan otras menores. Los materiales de construcción refieren principalmente a piedra y/o barro, los que se utilizan de manera diferencial, algunas veces mezclando ambos materiales y agregando un sistema de postación a base de troncos o cañas. El patrón circular o sub circular tiene gran recurrencia, lo que refiere a una práctica expeditiva y funcional a los modos de estadía y alta circulación por la pampa, privilegiando el refugio provisorio pero eficiente que se masificará por todo el territorio.



Figura 5. Sitios funerarios y ceremoniales: (izq.) Tumba aislada con acumulación de piedras; (centro) Túmulo con enterratorios; (der.) Cementeros en fosas.

Efectivamente, existe una mayor frecuencia y preferencia por recintos con superficies menores a 10 m². Por lo tanto, la existencia de estructuras pequeñas, aisladas y expeditivas denota un tipo de unidad doméstica acotada, seguramente familias nucleares que habitaban en parapetos o pequeños conglomerados en torno a patios comunes. Las categorías señaladas indican una clara relación con distintos sectores productivos de la pampa, lo cual sugiere una especialización en su explotación y en cómo se están abordando las distintas actividades económicas, desde el aprovisionamiento de materias primas y sus circuitos de movilidad, hasta el manejo agrícola y forestal.



Figura 6. Sitios y estructuras viales: (izq.) Sendero peatonal; (centro) Huella tropera; (der.) Geoglifo.

Este patrón de asentamiento se ha reconocido desde finales del período Arcaico en la costa y aparece fortalecido durante el período Formativo en el interior (Urbina et al. 2012a, 2012b; Uribe 2009), lo que se combina progresivamente con conglomerados de mediana envergadura y recintos rectangulares en momentos tardíos del período. Confirmando lo anterior, a la fecha hemos realizado 34 dataciones nuevas de radiocarbono para estos sitios. La mayor parte de los fechados se ubica dentro del rango esperado para el período Formativo de Tarapacá, entre los años 970 a.C. y 524 d.C. Cuatro muestras refieren a fechas particularmente antiguas (12.969-6.822 a.C.), destacando la datación del sitio PT0447 con fechas de 12.969 y 9.441 años a.C. Por otro lado, se presentan varias dataciones dentro del rango temporal del Intermedio Tardío (987-1.460 d.C.). Cinco corresponden a fechas muy tardías pertenecientes a momentos coloniales, republicanos y modernos, desde 1.658 hasta 1.944 d.C. Por lo tanto, se confirma un poblamiento temprano del territorio, una intensificación de la ocupación de la Pampa del Tamarugal en el Formativo y una acotada actividad durante el Intermedio Tardío que se mantiene vigente hasta tiempos recientes.

Las evidencias arqueofaunísticas documentadas sugieren que las especies terrestres fueron centrales en las prácticas de movilidad, circulación e intercambio durante el período, especialmente los camélidos silvestres y domesticados (vicuña, llama y alpaca), en cuanto principal medio de transporte, carga y fibra. Las especies marinas resultan igualmente frecuentes en el registro, constituyendo recursos relevantes de consumo alimenticio y bienes de intercambio entre las poblaciones del interior y litorales. Por lo tanto, este conjunto zooarqueológico exhibe similitudes comunes: eventos únicos y baja frecuencia de restos, altamente expuestos a condiciones superficiales; representación taxonómica de la costa y del interior, correspondientes a camélidos, peces y mariscos, especialmente llama, jurel y chitón; abundancia de guano y fibras de camélido y herbívoros; acceso al intermareal rocoso que incluye pescados y moluscos diversos, con baja

frecuencia de unidades post craneales en el caso de los restos ictiológicos; escasa modificación tecnológica de los restos óseos y presencia eventual de fauna menor como roedores y aves. En este sentido, los recursos terrestres y marinos resultan ser complementarios y aparecen juntos prácticamente en todos estos asentamientos.

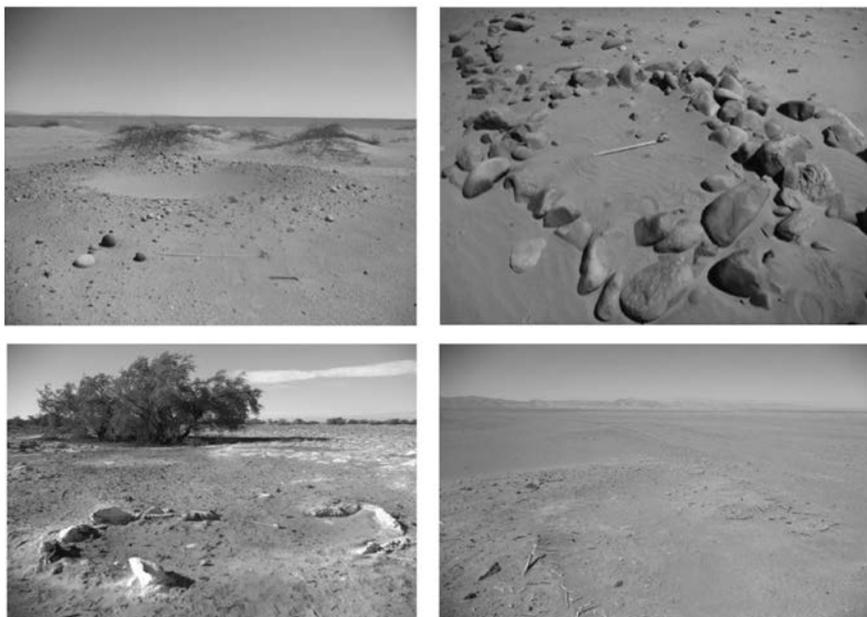


Figura 7. Asentamientos no aldeanos: (sup. izq) Recintos en depresiones o pozos; (sup. der.) Recinto circular de piedra; (abajo izq.) Recinto oval de anhidrita o caliche; (abajo der.) Recinto cuadrangular con cañas.

A esto se suma un registro arqueobotánico igualmente significativo. La presencia de carporrestos es considerable en casi la totalidad de los sitios, por lo que las poblaciones locales demuestran un conocimiento acabado y manejo amplio de los recursos vegetales; quienes alrededor del segundo siglo antes de la Era masificarían el empleo de especies domésticas, desplegando una extensa tecnología agrícola de campos y canales (García et al. 2014). Pero los cuales no sólo aparecen consumidos como alimentos ni tuvieron un efecto radical en la dieta, sino que fueron empleados en todos sus estados y condiciones como materia prima y alimento, abarcando especies de la pampa y también de mar a cordillera. Hay una alta presencia de taxa pertenecientes a familias con valor económico y cultural como *Poaceae*, *Fabaceae*, *Cyperaceae*, *Cactaceae* y *Chenopodiaceae* da

cuenta del manejo humano sobre los recursos silvestres desde momentos tempranos del Formativo. Las taxa que alcanzan mayor representatividad dentro de estas familias corresponden a *Prosopis* sp., los géneros *Scirpus*, *Opuntia*, *Echinopsis* y *Eulychnia*, así como *Chenopodium* que bien podría incluir variedades silvestres, semi domésticas o domésticas. También destacan entre los recursos silvestres *Cistanthe* sp., *Cryptantha* sp., *Geoffroea decorticans*, *Malesherbia* sp., *Exodeconus integrifolius*, *Schinus molle* y *Tarasa operculata*.

Asimismo, los sitios de la pampa poseen un considerable registro de plantas cultivadas demostrado por la presencia de *Amarantho* sp., *Cucurbitaceae*, *Chenopodium* sp., *Gossypium* sp., *Phaseolus* spp., *Phaseolus vulgaris*, *Phaseolus lunatus*, y *Zea mays*. Además, en ciertos lugares se han recuperado especies foráneas, domésticas y silvestres, correspondientes a *Arachis hipogaeae*, *Anadenanthera colubrina* y *Mucuna elliptica*. La presencia de los cultivos se vuelve indiscutible desde pleno Formativo, aunque sin menosprecio de las plantas silvestres que continuaron siendo de gran valor, especialmente el algarrobo (*Prosopis*). Todo lo anterior demostraría un patrón socioeconómico común vinculado con las actividades de explotación e intensa circulación entre pampa y costa como territorio central.

Esto estaría basado en los asentamientos menores y móviles, representativos de unidades familiares nucleares o clanes; ampliamente dispersos con ocupaciones efímeras y acotadas, insertos en una dinámica del movimiento en tanto elemento fundamental para articular este territorio que, en lo cultural, constituiría una unidad. De este modo, los productos reunidos en forma de materias primas, comida, bebida, medicina y alucinógenos debieron orientarse a nutrir la cohesión social, así como a mantener a la unidad doméstica durante el ciclo anual, al amparo de imaginarios que aluden simbólicamente a la unión de los espacios pampinos y del litoral. Por ejemplo, la revisión de la iconografía y técnicas de los geoglifos de la región dan cuenta de la representación e integración de íconos propios de distintas zonas ecológicas y culturales (Gallardo y Cabello 2015); otorgándole una identidad particular a los sujetos involucrados en el movimiento de estos recursos, bienes e ideas, a la vez que reduce sus diferencias de origen territorial. De esta forma, los geoglifos y las intervenciones mismas del habitar formativo transformarían la pampa de un espacio vacío, amplio y sin interrupciones, en un espacio culturizado y compartido; permitiendo el tránsito social de manera eficaz por la red de senderos y caminos existente entre los núcleos residenciales y los grandes referentes aldeanos en Tarapacá, Guatacondo y Quillagua.

Complejidad y temporalidad del formativo tarapaqueño

En cuanto a los sitios aldeanos de las quebradas de Tarapacá y Guatacondo, contamos con un total de 20 fechados propios que abarcan un amplio rango entre los años 390 a.C. y 1.020 d.C. La potente ocupación del Formativo en la Pampa del Tamarugal se traduce en una clarísima representación del mismo en 19 de las muestras datadas, a lo que agrega una expresión terminal de dicha ocupación en Caserones en los albores del período Intermedio Tardío (Uribe y Vidal 2012; Urbina et al. 2012a).

Las fechas iniciales se concentran en la quebrada de Guatacondo, donde Ramaditas destaca como el patrón arquitectónico aldeano de conglomerados más temprano con fechados entre los años 390 a.C. y 80 d.C. Según lo descrito, se caracteriza por concentraciones de recintos separadas por amplios espacios entre sí que denotan cierta aglutinación social, pero no una organización que distinga claramente entre lo familiar y comunitario, lo público y privado. Las excavaciones en su interior, además, mostraron escasa e incluso nula acumulación de desechos domésticos tanto al interior como exterior de las estructuras; seguramente porque se trató de una ocupación corta, alternada por procesos de abandono, así como afectada por actividades de limpieza y/o fenómenos naturales de tipo eólico que no permitieron la formación de basurales. Las fechas provienen de cuatro recintos y conglomerados distintos, cuyos resultados avalan una ocupación sincrónica del conjunto debido a la similitud de las dataciones que en dos casos resultaron idénticas.

De este modo, el despliegue arquitectónico y social de Ramaditas se convierte en un antecedente innegable de la intensificación de la complejidad de Tarapacá, lo cual permite diferenciar con claridad un Formativo Temprano. A esto se suma, por supuesto, la edificación y coexistencia con la aldea de Guatacondo que aparece con fechas entre los años 200 a.C. y 70 d.C., las cuales son inmediatamente posteriores y luego contemporáneas con las de Ramaditas, a la vez que aún más acotadas en el tiempo. Inclusive, si se considera el cruce entre la edad de radiocarbono y su curva de calibración, el rango fechado se acota a un lapso de tan sólo 100 años de ocupación. Justamente, los contextos excavados parecieran representar ese único momento habitado a través de una capa doméstica muy delgada y limitada a la base de los recintos. Lo anterior expresa de manera inequívoca la idea de una ocupación unitaria en lo social y homogénea en lo cultural.

La edificación de Ramaditas antecede al menos en dos siglos a Guatacondo, por lo tanto, se puede afirmar una vinculación poblacional y constructiva directa

entre ambos asentamientos, quienes se establecieron inicial y segmentadamente en el primero para luego construir el segundo en forma comunitaria. No obstante, ahora se dio paso a un nuevo orden que se articuló en torno a lo público y lo privado, con preeminencia del colectivo sobre lo familiar, como se aprecia de manera explícita en su gran plaza central. Ahora bien, en el caso de Guatacondo parece que el proyecto común no prosperó, tornándose en una especie de intento fallido del proyecto aldeano en la Pampa del Tamarugal, ya que el poblado se abandonó repentinamente a pesar de la sustantiva energía invertida y una edificación que presupone una planificación a largo plazo. El “éxito neolítico”, por lo tanto, aquí no prosperó a pesar del propicio e ideal ambiente natural y social que sugiere este asentamiento paradigmático de lo comunitario. En efecto, al recorrer la aldea no se aprecian diferencias constructivas como tampoco evidencias de remodelación o reestructuraciones, lo cual sí ocurre copiosamente después en Caserones producto de su dilatada historia ocupacional.

Paralelamente, dentro del Formativo Temprano, se encuentra Pircas que es contemporáneo a los anteriores, cuyas fechas iniciales se remontan a los 370 años a.C. pero que, al mismo tiempo, se extienden hasta los 530 años d.C. Aquí se excavaron 17 estructuras domésticas, identificándose en cuatro casos la conformación de depósitos estratigráficos muy potentes, especialmente en el sector central o Pircas 1; los que mostraron una sucesión de ocupaciones y funcionalidades diversas, más o menos densas, incluida la de repositorio funerario. Si bien el material cerámico da cuenta de un claro predominio de la alfarería temprana del Formativo, es igualmente clara la presencia del componente tardío; lo cual señala una ocupación que coexistió primero con Ramaditas, Guatacondo y después con Caserones, al menos por algunos siglos.

La modalidad arquitectónica de Pircas contemporánea con Ramaditas y Guatacondo se habría desarrollado con ciertas particularidades. En ambos casos se seleccionaron espacios abiertos emplazados junto a los cursos de agua estables; pero el asentamiento de Pircas está compuesto por centenares de estructuras circulares dispersas y conglomeradas en una extensa superficie, exclusivamente construidas en piedra. Este patrón de asentamiento se habría mantenido económica y socialmente, pues la ocupación de Pircas se mantuvo en el tiempo, siendo abandonado como poblado estable y visitado sólo de manera esporádica después de la mitad del primer milenio de nuestra Era. Además, progresivamente incluiría recintos de planta rectangular, sobre todo en el sector central de Pircas 1. Por lo mismo, no es extraño que dicho patrón residencial mantenga ciertas semejanzas constructivas con los sitios contemporáneos de la costa y precordillera.

En este sentido, el patrón de grandes campamentos de Pircas se masifica du-

rante el Formativo y, al contrario de las aldeas de Guatacondo, da cuenta del éxito social de esta forma de habitar la pampa y en general Tarapacá. Sin embargo, a comienzos de la Era aparece Caserones que es el asentamiento que ejemplifica la consolidación de un modo de vida aldeano en la región, con fechas que ubican su ocupación a partir de los 20 años d.C. y que se prolongó por casi mil años hasta los 1.020 d.C. Sin duda, representa un caso único de altos grados de aglutinación social y cuyo precedente más directo pudo ser la aldea de Guatacondo; sin embargo, se diferencia de ésta porque el proyecto comunitario tuvo éxito. Efectivamente, en este caso se excavaron 16 recintos que permitieron reconstruir historias ocupacionales complejas en cada caso; lo que implicó registrar secuencias con uno, dos, tres y cuatro momentos, dando cuenta de una intrincada actividad residencial que incluyó momentos de desocupación y cambios funcionales sucesivos (Méndez-Quirós 2007, 2010).

En Caserones se expresa un período Formativo con claras y exclusivas manifestaciones “neolíticas” de complejidad relacionadas al aglutinamiento residencial en convivencia con espacios públicos que estructuraron la actividad económica y social de sus habitantes en torno a sus paisajes inmediatos y distantes. A nuestro juicio, un éxito que tuvo un costo no menor en términos de las normas y obligaciones políticas impuestas que insinúa su arquitectura, pues ya no se trata de la comunidad ideal que representaba Guatacondo. Al respecto, cabe destacar un profundo cambio en la organización productiva del poblado en torno a los 420 años d.C. (Méndez-Quirós 2010). En esos momentos, los mecanismos de almacenaje y regulación de la producción agrícola y recolectora que eran manejados tradicionalmente a escala doméstica, parecieran pasar a ser controlados a nivel comunitario. Esto es elocuente por la clausura de típicos pozos o silos subterráneos y la construcción de algunas grandes estructuras circulares concentradas en lugares centrales del poblado, cercanas a los espacios públicos.

Justamente, es muy probable que este tipo de estructuras y la forma de operar caractericen la época más tardía del Formativo, bajo un régimen de alta productividad y capacidad para captar de manera centralizada los recursos pampinos, marítimos y precordilleranos. En este sentido, parece lógico que varios fechados de esas zonas completen la cronología entre los años 250 y 890 d.C. dentro de la secuencia de Caserones. Por lo que, a partir de nuestra Era, la actividad aldeana regional trasladó su eje y se concentró fuertemente en torno a la quebrada de Tarapacá; sobre todo con la consolidación de Pircas y el surgimiento de Caserones, el cual logrará una posición hegemónica hacia el siglo V y se mantendrá hasta dar paso al período Intermedio Tardío. Efectivamente, los rangos temporales obtenidos en la precordillera y el litoral son prácticamente idénticos, ya que en ambas

zonas estas manifestaciones arquitectónicas formativas se consolidan en torno a los 380 y 390 años d.C. respectivamente.

En este sentido, a lo largo del Formativo, la costa y precordillera habrían constituido espacios y ambientes sincronizados desde la Pampa del Tamarugal, en particular desde las quebradas de Tarapacá y Guatacondo. Sin embargo, en el caso de Caserones pareciera que el alto grado de complejidad logrado por las sociedades formativas tardías se produjo gracias a la integración regional que se gestó, racionalmente, articulando aquello afuera del proyecto aldeano. Las innovaciones arquitectónicas en los módulos residenciales, recintos públicos y en los depósitos o bodegas observados a mediados del primer milenio de la Era, sería consistente con un control productivo y el rol articulador logrado sobre la red de asentamientos menores y ligeros dentro de la pampa. Su condición única y quizás privilegiada terminaría por llevar al amurallamiento del perímetro de la aldea, limitando su crecimiento futuro y cerrando el acceso a nuevos integrantes, a sus depósitos comunales, edificios públicos y religiosos. Esto parece constituir un fenómeno exitoso de centralización, conectividad y sincronización, pero también de desigualdad y exclusión que debió influir y excluir a los campamentos tradicionales e incluso a otros poblados de la región que no se integraron a este orden.

Unas palabras finales

Al comprobar la preexistencia y coexistencia de la diversidad de asentamientos y sólo un par de grandes aldeas, resulta evidente que los patrones arquitectónicos aglutinado y disperso no se pueden reducir a una secuencia evolutiva donde la complejidad social se relaciona de manera directa con un aumento progresivo en la escala de los poblados. Por el contrario, la diversidad de estos asentamientos remite a una complejidad mucho más sofisticada durante el periodo, momento en el cual se buscaron soluciones arquitectónicas en relación con las distintas necesidades e intereses tanto individuales como colectivos. En consecuencia, para alcanzar este “éxito aldeano” fue imprescindible el desarrollo de una larga historia de conocimiento y manejo social del medio, así como del potencial de caza, recolección, agrícola y ganadero que se gestó durante milenios en espacios complementarios y ampliamente disgregados (Santoro et al. 2017).

En consecuencia, la dinámica regional de campamentos y aldeas se consolidó, de igual modo que la forma de vida sencilla y desagregada en viviendas circulares y rectangulares aisladas o levemente cercanas dentro de grandes extensiones,

ocupando distintos pisos altitudinales y ecológicos. Por más de dos milenios, estas formas arquitectónicas institucionalizaron territorial y calendáricamente las relaciones sociales y políticas a través de caseríos, campamentos y aldeas junto a la pampa bajo una dinámica de crecimiento y segmentación supra doméstica e inter comunitaria constante que por múltiples generaciones permitió un manejo racional de los recursos del Tamarugal. Entonces, parece lógico pensar que la gravitación simbólica y política de los clanes y linajes meridionales de Guatacondo, dio paso a otras instancias de reunión institucionalizadas promovidas por comunidades ahora vecindadas regularmente y con mayor intensidad en el valle bajo y desagüe de la quebrada de Tarapacá.

Esta narrativa destaca la relevancia de la Pampa del Tamarugal, a la vez que permite la síntesis e integración de elementos costeros y cordilleranos. La prehistoria pampina, por lo tanto, no puede reducirse a la sucesión progresiva de asentamientos aldeanos y a una economía productiva, sino al permanente diálogo y racionalización de su entorno. Lo que, finalmente, llevaría a repletar de cultura una naturaleza antes “vacía” donde se combinaron caseríos, campamentos, aldeas y centros públicos con diversas muestras de su actividad humana que se tradujeron en el paisaje arqueológico que heredaron a la posteridad. Bajo esta lógica propia del habitar, la noción de la pampa tarapaqueña se vuelve contradictoria con la actual imagen que la concibe como “desierto” y la vuelve vulnerable a la disputa de soberanías y a convertirse en territorio ocupado.

De este modo, debemos imaginar ese pasado como un mundo complejo donde distintos hombres y mujeres se desarrollaron en constante tránsito, explotación y producción de recursos, en la elaboración de manufacturas, tensión y reproducción social, donde no todos cambiaron o no pudieron hacerlo. Es decir, como expresión de una ancestral experiencia del entorno que se nutrió de innovaciones y creativities, no siempre afortunadas ni absolutas. Sobre este argumento y con sello antropológico, esperamos haber avanzado en un entendimiento donde pasado y presente, economía y sociedad se interceptan y adquieren un sentido contundente.

Agradecimientos: Agradecemos a organizadores del simposio y editores de este libro, Roberto Campbell, Lorena Sanhueza y Andrés Troncoso. También a los proyectos FONDECYT 1181829, Anillo SOC1405 y FPCI 10-0417 por su financiamiento. En especial, los aportes de Constanza Pellegrino, Rodrigo Alvarado y Roberto Izaurieta por el registro espacial y arquitectónico. Asimismo, a las comunidades de Tarapacá por su comprensión y acogida a la investigación científica.

Bibliografía

- Adams, R. 2000. *Las Antiguas Civilizaciones Del Nuevo Mundo*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Adán, L. y S. Urbina 2007. Arquitectura formativa en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 34:7-30.
- Adán, L., S. Urbina, C. Pellegrino y C. Agüero. 2013. Aldeas en los bosques de Prosopis: Arquitectura residencial y congregacional en el período Formativo tarapaqueño (900 a.C.-900 d.C.). *Estudios Atacameños* 45:75-94.
- Agüero, C., P. Ayala, M. Uribe, C. Carrasco y B. Cases. 2005. El período Formativo desde Quillagua, Loa inferior. En *Esfemas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: los Andes Sur Centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 73-125. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Bourdieu, P. 1977. *Outline of Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Blanton, R., G. Feinman, S. Kowalewski y P. Peregrine. 1996. A Dual-Processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37(1):1-14.
- De Certeau, M. 2007. *La Invención de lo Cotidiano I. Las Artes De Hacer*. Universidad Iberoamericana, México.
- Earle, T. 1991. *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Flannery, K. 2002. The origins of the village revisited: From nuclear to extended households. *American Antiquity* 67: 417-433.
- García, M., A. Vidal, V. Mandakovic, A. Maldonado, M.P. Peña y E. Belmonte. 2014. Alimentos, tecnologías vegetales y paleoambiente en las aldeas formativas de la Pampa del Tamarugal, Tarapacá (ca. 900 a.C.-800 d.C.). *Estudios Atacameños* 47:33-58.
- Gallardo, F. y G. Cabello. 2015. Emblems, leadership, social interaction and early social complexity: The ancient Formative Period (1,500 BC—AD 100) in the desert of Northern Chile. *Cambridge Archaeological Journal* 25(3): 615-634.
- Gayó, E., C. Latorre, C. Santoro, A. Maldonado, R. De Pol-Holz. 2012. Hydroclimate variability on centennial timescales in the low-elevation Atacama Desert over the last 2,500 years. *Climate of the Past* 8:287-306.
- Hardin, G. 1968. The tragedy of the commons. *Science* 162: 1243-1248.

- Hernando, A. 2002. *Arqueología de la Identidad*. Akal S.A., Madrid.
- Hernando, A. y A. González-Ruibal. 2011. Fractalidad, materialidad y cultura: Un estudio etnoarqueológico de los Awá-Guajá de Maranhao (Brasil). *Revista Chilena de Antropología* 24:9-61.
- Hodder, I. 1998. The past as passion and play: Catalhöyük as a site of conflict in the reconstruction of multiple pasts. En *Archaeology Under Fire. Nationalism, Politics And Heritage In The Eastern Mediterranean And The Middle East*, editado por L. Meskell, pp. 124-139. Routledge, Londres.
- Ingold, T. 2000. *The Perception of The Environment. Essays On Livelihood, Dwelling And Skill*. Routledge, London.
- Johnson, M. 2000. *Teoría Arqueológica. Una Introducción*. Ediciones Akal S.A., Madrid.
- Johnson, A. y T. Earle. 2003. *La Evolución de las Sociedades Humanas*. Ariel Prehistoria, Barcelona.
- Le Goff, J. 1991. *El Orden de la Memoria. El Tiempo como Imaginario*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Lumbreras, L. 1994. Acerca de la aparición del Estado. *Boletín de Antropología Americana* 29:5-33.
- Lumbreras, L. 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Maldonado, A. y M. Uribe. 2015. Paleoambientes y ocupaciones humanas en Tarapacá durante el período Formativo y comienzos del Intermedio Tardío. *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 193-200.
- McGuire, R. 1983. Breaking down cultural complexity: Inequality and heterogeneity. *Advances in archaeological Method and Theory* 6: 91-142.
- McGuire, R. y M. Schiffer. 1983. A theory of architectural design. *Journal of Anthropological Archaeology* 2:227-303.
- Meighan, C. y D. True (eds.). 1980. *Prehistoric Trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*. Monumenta Archaeologica 7, The Institute of Archaeology, The University Of California, Los Angeles.
- Meskell, L. 1999. *Archaeologies of Social Life*. Blackwell Publishers, Oxford.
- Meskell, L. y R. Preucel (eds.). 2007. *A Companion to Social Archaeology*. Blackwell Publishing Ltd.

- Mendez-Quirós, P. 2007. *Asentamientos y Estratigrafía del complejo Pica-Tarapacá (900 - 1.450 D.C.)*. Informe final de práctica profesional. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Manuscrito.
- Mendez-Quirós, P. 2010. *Asentamientos domésticos del período formativo tarapaqueño. Estratigrafía residencial en los valles bajos*. Informe segundo año proyecto Fondecyt 1080458. Manuscrito.
- Muñoz, I. 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (100 a.C. a 500 d. C.). En *Prehistoria. Desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V., Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, I. Solimano, pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Muñoz, I., C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.). En *Prehistoria en Chile. Desde sus Primeros Habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Sociedad Chilena de Arqueología, Editorial Universitaria, Santiago.
- Núñez, L. 1979. Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza en una quebrada del norte chileno. *Atenea* 439:163-213.
- Núñez, L. 1984. El asentamiento Pircas: Nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el norte de Chile. *Estudios Atacameños* 7:152-177.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la Circumpuna y Valles Occidentales del Centro Sur Andino: Hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43:487-530.
- Pellegrino, C. 2011. Propuesta de intervención de sitios arqueológicos en la quebrada de Tarapacá: el caso de la aldea de Caserones. *Revista Werkén* 14(1): 87-104.
- Pellegrino, C., L. Adán y S. Urbina. 2016. La arquitectura de Guatacondo y Caserones: Diseño, organización y configuración del espacio arquitectónico. *Revista Chilena de Antropología* 34:41-63.
- Polanyi, K. 1957. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Time* Beacon Press, Boston.
- Polanyi, K. 1976. El sistema económico como proceso institucionalizado. En *Antropología y Economía*, editado por M. Godelier, pp. 155-178. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Rivera, M. 1994. Hacia la complejidad social y política: El desarrollo Alto Ramírez del norte de Chile. *Diálogo Andino* 13:9-37.

- Rivera, M. 2005. *Arqueología del Desierto de Atacama: La Etapa Formativa en el Área de Ramaditas/Guatacondo*. Editorial Universidad Bolivariana, Colección Estudios Regionales y Locales, Santiago.
- Sahlins, M. 1977. *La Economía en la Edad de Piedra*. Akal, Barcelona.
- Santoro, C. M., J. M. Capriles, E. M. Gayó, M. E. de Porras, A. Maldonado, V. Standen, C. Latorre, V. Castro, D. Angelo, V. McRostie, M. Uribe, D. Valenzuela, P. Ugalde y P. Marquet. 2017. Continuities and discontinuities in the socio-environmental systems of the Atacama Desert during the last 13,000 years. *Journal of Anthropological Archaeology* 46:28-38.
- Stanish, C. 2003. *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in the Titicaca Basin of Peru and Bolivia*. University Of California Press, Berkeley.
- Tilley, C. 1994. *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*. Berg, Oxford.
- Urbina, S., L. Adán, C. Moragas, S. Olmos y R. Ajata. 2011. Arquitectura de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 41:63-96.
- Urbina, S., L. Adán y C. Pellegrino. 2012a. Arquitecturas formativas de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá a través del proceso aldeano (Ca. 900 AC-1000 DC). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 17(1): 31-60.
- Urbina, S., L. Adán, C. Pellegrino y E. Vidal. 2015. Formaciones aldeanas en zonas desérticas de Tarapacá: Innovación social y cambio histórico (XI a.C.-XIII d.C.). *Actas XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 223-230.
- Urbina, S., L. Adán y E. Vidal. 2012b. Architecture in the Coastal Desert. *Andean Past* 10:289-294.
- Uribe, M. 2009. El período Formativo de Tarapacá y su cerámica: Avances sobre complejidad social en la costa del norte grande de Chile (900 AC-800 DC). *Estudios Atacameños. Antropología y Arqueología Surandinas* 37:5-27.
- Uribe, M. y L. Adán. 2012. Acerca de evolución, Neolítico, Formativo y complejidad: Pensando el cambio desde Tarapacá (900 AC-800 DC). *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 21-32..
- Uribe, M. y E. Vidal. 2012. Sobre la secuencia cerámica del período Formativo de Tarapacá (900 AC-900 DC): Estudios en Pircas, Caserones, Guatacondo y Ramaditas, Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 44(2): 209-245.
- Vidal, E. 2012. Etnoarqueología de la fiesta andina: El caso de la región cultural de Tarapacá. *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 229-240